

Ultimos
sostenedo-
res de la li-
teratura
eclesiástica
en Italia.

ron centellear de quando en quando los
Cyrilos, Teodoretos y Leones, ya no se
pudo gozar mas de todo el esplendor de
las sagradas letras. A principios del siglo
VI florecieron Casiodoro y Boecio, dos
hombres ilustres que tuvieron particu-
lar cuidado, no solo de cultivar por sí
mismos las letras, sino tambien de pro-
mover su estudio en los demás. En otro
tiempo hubiera sido muy ventajosa á la
buena literatura la proteccion de dos per-
sonas tan distinguidas, que se valieron de
todos los medios para volverla á poner en
auge; pero la rusticidad y barbarie habian
echado muy profundas raices, para que en
pocos años pudiesen arrojarlas del puesto
que quietamente ocupaban. La fatalidad
de aquellos infelices tiempos, infestados
con las guerras, desolaciones y estragos
sufocó en flor todo el fruto que hubiera
podido producir el atento trabajo de ma-
nos tan hábiles y activas. Por esto sus glo-
riosos afanes tuvieron un desgraciado fin,
y el contagio dominante del mal gusto y
barbarie dexó burlados sus laudables de-
seos.

seos. Hacia fines de aquel mismo siglo go-
bernó la Iglesia universal San Gregorio,
que se adquirió el nombre de *Grande* por
su distinguida virtud y excelentes escritos.
Poseía una doctrina, erudicion y eloqüen-
cia muy superior á quanto se encontraba
entonces en los otros escritores. Su Corte,
segun dice Juan Diácono (a), se compo-
nia de los Clerigos mas eruditos y Mon-
ges mas religiosos; y las ciencias y artes se
habian fabricado un digno templo en el
palacio pontificio. No habia sirviente al-
guno, que no fuese instruido y no usase
de un language correspondiente á la anti-
gua Corte del idioma latino; y los estu-
dios de las buenas letras tomaban nuevo
vigor en el palacio del gran Gregorio. Sin
embargo, no bastaron todos estos meritos
de la literatura de San Gregorio, para de-
fenderle de las calumnias de muchos, que
le tienen por un enemigo declarado del
buen gusto, y acerrimo destructor de las
ciencias y de todas las buenas artes. No
obs-

(a) Vit. I. Greg. I, II cap. XII. & XIII.

obstante Tiraboschi (a), con sólida crítica y sábia erudición, se ha dedicado á defender vigorosamente á este Santo Doctor de quantas acusaciones le han hecho. Nosotros unicamente observamos, que por mas que este Santo cultiváse por sí mismo las letras, y las promoviese en su Corte, no pudo lograr restituirlas á su antiguo esplendor, ni ver florecer de nuevo los estudios que promovía.

En España. Mientras San Gregorio empleaba tan dignamente en Romá sus cuidados y fatigas, una ilustre familia hizo renacer algun tanto en España las ciencias sagradas y toda la buena literatura. Los nobles consortes Severiano y Túrta tuvieron tres hijos Leandro, Fulgencio é Isidoro, y dos hijas Florentina y Teodora, todos dignos de la inmortal fama que consiguieron en los fastos de la Religion y de la literatura. Leandro, á mas de haber enriquecido las ciencias eclesiásticas con muchas obras, promovió con noble zelo el estudio entre

los

(a) *Stor. lett. Tom. III. lib. II. c. II.*

los suyos, y les ayudó con las luces propias, adquiridas con la lectura y los viajes. Fue fruto de su magisterio la vasta doctrina de su hermano Isidoro, que en aquellos tiempos no tenia igual en la república literaria. Su misma hermana Florentina hizo no pocos progresos en las letras, y pudo ayudar con sus luces al eruditísimo Isidoro. De la escuela de éste se puede decir que salieron Braulio, Ildefonso, Redemto y otros muchos doctos escritores, y el mismo Rey Sisebuto amante y feliz cultivador de las letras. Pero sin embargo estos no eran mas que relumbros breves y pasajeros, poco poderosos para comunicar al pueblo las luces de las letras, y hacer comun la cultura. Aquella poca sabiduría que se debía á los esfuerzos de algunos hombres superiores, quedada sepultada en los Monasterios é Iglesias, y apenas se extendia á algunos Clerigos y Monges. Aun en aquellos humildes asilos de las letras padecian tal trastorno, que se iban envileciendo y degradando las que estaban hechas á comparecer alegres y glo-

gloriosas. Lengua bárbara, rustico estílo, poca critica, impropio modo de hablar y mal método eran los vicios que acompañaban á la sabiduria de aquel tiempo, y que con mucha frecuencia se veian en los pocos libros que entonces salian á luz. Si algunos años despues hubieran vuelto á vivir en Italia Casiodoro, y San Isidoro en España, ya no hubieran encontrado los mas leves vestigios de sus fatigas, y de los sabios establecimientos que formaron para fortalecer las ciencias moribundas.

En Inglaterra.

Inglaterra obtuvo el nombre de docta en aquellos tiempos de ignorancia y de tinieblas, del mismo modo que en los mas ilustrados es venerada como maestra en los estudios serios y profundos. Particularmente la Irlanda se adquirió mucha gloria por conservar las reliquias de las ciencias, que desterradas de toda Europa, buscaron asilo en aquel remoto ángulo del mundo. Los Anglo-Saxones corrian en quadrillas á Irlanda como á un emporio de la buena literatura, y no habia en todas las Islas Británicas alguna persona bien edu-

educada, que no la enviasen á estudiar á aquel Reyno. Queriendo el Rey Oswano introducir en Inglaterra las letras, hizo ir de Irlanda al Santo Obispo Aidano; y habiendo llegado despues algunos Monges fundaron Monasterios, y dieron educacion christiana y literaria á toda la juventud inglesa. Pero el griego Teodoro, enviado á Inglaterra por el Papa Vitaliano, para aumento y decoro de la introducida religion, fue el que mejor cultivó el suelo británico. Llevó consigo quantos libros griegos y latinos pudo recoger, y formó una bibliotéca tan extraordinariamente rica y escogida, quanto podia serlo en aquellos tiempos. Fue en compañía de Teodoro un abate llamado Adriáno, oriundo de Africa, y como ambos eran versados en la lengua griega y latina, y en la poesia, música, astronomía y aritmética, entre las lecciones de los libros sagrados, procuraron inspirar á sus discipulos el gusto de aquellas lenguas y ciencias que juzgaban tan utiles para todos los estudios. Bien pronto se vieron frutos de aquella

escuela en Wilfrido, en Acca, en Aldelmo y en otros menos conocidos en la república literaria; pero igualmente alabados en la historia del célebre Beda. Aquí debe reflexionarse, que no se sabe con que fundamento quiera Cambdeno (a), seguido de Cave, que Adelmo haya sido el primer inglés que escribiese en latin, y enseñase á sus nacionales el modo de hacer versos en aquella lengua, siendo asi que nos consta por Beda que antes de Adelmo habian hecho lo mismo Teodoro y Adriano. Vino finalmente al mundo el venerable Beda, digno de universal respeto, no solo por la religion y santidad de costumbres, sino tambien por su doctrina y singular erudicion, que justamente hicieron que se le mirase en aquel siglo como un verdadero portento. Sin embargo las doctas obras, los gloriosos trabajos y los laudables exemplos de estos maestros británicos no bastaron á impedir que tambien en Inglaterra decayesen luego los bue-

(a) Brit. in Wilt p. 116.

buenos estudios, y que tuviese razon el continuador de la historia de Beda, para llorar sepultada con él la literatura británica, é introducida con su muerte la poltroneria é ignorancia, por mas que Egberto, Cudberto y algunos otros muy inferiores al docto Beda, se esforzasen para conservar en la Isla alguna sombra de doctrina que comunicaron al famoso Alcuino. Guillermo de Malesbury (a) llegó á decir, que los Clerigos con dificultad tartamudeaban las palabras de los Sacramentos, y que se tenia por no pequeño milagro que alguno entendiese la gramática.

La division de los Imperios de Oriente y Occidente impidió el comercio entre Griegos y Latinos, y privó á unos y á otros de la ventaja de comunicarse mutuamente su instruccion. Pero en particular los Latinos, como en todas las ciencias estaban faltos de libros magistrales, y era preciso que acudiesen á las fuentes griegas, sintieron mayor perjuicio en aquella

Causas de la última decadencia.

(a) Lib. III. cit. por Bruek. p. 516.

funesta separacion. La lengua griega llegó á ser del todo extranjera y desconocida en los pueblos occidentales; y no se podia leer á Platon, Aristóteles, Hipócrates, Euclides, Arquimédes y otros maestros de la verdadera sabiduria, porque ni era entendido su language, ni habia libros que los interpretasen. San Agustin, Marciano Capela, Boecio, San Isidoro y otros pocos escritores latinos de los tiempos baxos entraron en lugar de aquellos sublimes doctores de todo el mundo. Y asi parecia que las ciencias estaban destruidas del Occidente; y si uno ú otro, por su raro ingenio y aplicacion extraordinaria, llegaba á tener algunas nociones de los primeros elementos que se exponian en los libros latinos, era tenido por un hombre de la mas vasta y sublime erudicion. Apenas se encuentran autores de los siglos ilustrados, que hayan obtenido elogios tan singulares como los que se dieron pródigamente á los literatos de aquellos tiempos rústicos é incultos. La irrupcion de los bárbaros septentrionales, que

que con repetidas excursiones por diversas partes se echaron sobre el Imperio romano, ocasionó la corrupcion de la lengua latina con la mezcla de voces y frases extrañas; y por esto la pura y sencilla latinidad era extranjera aun para aquellos mismos que usaban la lengua latina; y no podian deleytarse con la lectura de los autores del siglo de Oro, quando apenas entendian los libros latinos. Las continuas guerras, las desolaciones y los estragos ocupaban demasiado los animos para que se pudiesen dedicar al dulce ocio de las letras. Los legos empleados en el exercicio de las armas, ó distraidos en reparar las pérdidas que causaban á sus familias el furor marcial, abandonaban á los Eclesiásticos el cuidado de cultivar la Religion y las letras. Toda la sabiduria estaba reservada á la Iglesia, y aun podia decirse que toda estaba encerrada en los claustros; y la rusticidad increíble de los legos eximia á los Eclesiásticos del pesado estudio, quando el poco que hacian era bastante para superar en la erudicion á los legos que de-

Estudios
eclesiásticos
de los
tiempos ba-
xos.

debían instruir, y para hacer respetable su doctrina. Vemos quan poco exigían hasta los Concilios mas severos para recibir á qualquiera en el Clero; puesto que el Tolledano octavo (a) prohibió admitir á los sagrados Ordenes á quien no supiese el Salterio, los Cánticos usuales, los Hymnos y las ceremonias del Bautismo, como si leer y cantar fuesen ciencias suficientes para formar los ministros del Santuario. El mismo zelo que animaba á algunos santos Prelados para hacer cantar bien los Oficios divinos, pudo de algun modo contribuir á que fuese menos apreciable el estudio de las letras. El tiempo y fatigas, que debían consagrarse á la lectura de los libros y á las meditaciones científicas, se empleaban en aprender bien el Canto eclesiástico; y se tenía por mas erudito al que mejor comprendía el arte de cantar. Es bien notoria la obstinada disputa, que acerca del canto eclesiástico se encendió entre los Franceses y los Italianos que pasaron á Fran-

(a) Can. VIII.

Francia; en la qual ambas partes pretendían la preferencia con tanto ardor, que mutuamente se honraron con los gloriosos titulos de *necios, rústicos, idiotas, bestias* y otros no menos corteses; de tal modo que fue preciso que el Emperador Carlo Magno interpusiese su poder, y empleáse toda su autoridad imperial, para apaciguar tan reñida contienda. Launoy reflexiona muy bien, que este hecho es una clara prueba de quanto habia decaido el estudio de las letras en Francia, donde en los primeros siglos de la Iglesia encontraron tan excelentes cultivadores. Con tan baxas ideas de la verdadera sabiduria, ¿cómo podia esperarse que se hicieran algunos progresos? Aquellos pocos que mas se internaban en los arcános de las ciencias, se paraban en los primeros elementos, y ceñían su erudicion á muy cortos confines. El *Trivio* de la gramática, retórica, y dialéctica, y el *Quadrivio* de la música, aritmética, geometría y astronomía eran las mas arduas empresas, á que podían determinarse los héroes de aquella edad: pocos

cos concluían todo el curso del *Trivio*, y era muy raro el que tenia ánimo para entrar en el *Quadrivio*; pero el que habia pasado uno y otro era tenido por un ingenio superior á los demas hombres, y como un Hércules literario, á quien no amedrentaban los mas fieros monstruos, ni los mas árduos y difíciles trabajos. Las artes liberales debian ciertamente abrir el paso á los estudios mas serios de las divinas ciencias; pero si se quedaban tantos á la mitad de la carrera del primer estudio, ¿cómo podia dexar de ser muy corto el número de los que se atreviesen á emprender facultades mas sublimes? Eran mal entendidos aquellos nombres de las artes liberales, y peor dispuesta la distribución comprehendida en los famosos versos:

Gram loquitur, dia vera docet, rhet

verba colorat,

Mus canit, ar numerat, geo ponde-

rat, ast colit astra.

Sin embargo esto no hubiera causado gran daño á la verdadera sabiduría, si aquellas

ar-

artes de un modo ó de otro hubieran tenido la fortuna de ser debidamente cultivadas; pero sucedia todo al contrario, porque la gramática y la retórica estaban sin libros, no solo griegos, sino tambien romanos; la dialéctica se reducía á algunas confusas y no inteligibles interpretaciones del órgano de Aristóteles; la música se contentaba con el canto eclesiástico; y qué progresos podian hacer la aritmética, la geometría y la astronomía sin el auxilio de los Griegos, que habia mucho tiempo que estaban sepultados en el olvido? La escasez de libros, la falta de maestros, la universal barbarie, la corrupcion de costumbres, y hasta la misma paz de la Iglesia, no agitada de las tempestades de las heregias, todo contribuía á tener al Occidente en un profundo letargo y en una ciega ignorancia.

En este infeliz estado se encontraba la literatura, quando Carlo-Magno excitado y ayudado del famoso Alcuino la hizo volver en sí, y levantar del abatimiento á que la veía reducida. Alcuino era un inglés

Carlo-Magno promovedor de las letras.

Tom. I.

Aa

bas-

bastante docto. y versado en las lenguas y ciencias mucho mas que los literatos del continente. Habiendo tenido noticia Carlo-Magno de la excelente sabiduria de Alcuino, y deseando sobremanera adquirir las ciencias y promoverlas en su vasto imperio, desde luego llamó á aquel grande hombre, que ciertamente era el mas proporcionado, que habia entonces para executar sus ideas. Los escritores de aquellos tiempos forman excesivos panegíricos de la doctrina que adquirió Carlo-Magno baxo la enseñanza de Alcuino. La retórica, la dialéctica, la aritmética y principalmente la astronomía fueron los estudios, que merecieron mas su atención, y en los que tuvo mas feliz suceso; pero por esto no dexó de cultivar las ciencias sagradas, en las que igualmente obtuvo gran fama. Con todo para hacer el justo aprecio del merito literario de Carlo-Magno, no debe atenderse solo á los testimonios de los escritores, sino que es preciso considerar los tiempos en que fueron escritos. En efecto por mas vasto que fuese el ingenio del Emperador, ¿qué progre-

gresos podia hacer en dichos estudios emprendiendolos en una edad abanzada, en medio de los cuidados de un dilatado Imperio, entre los afanes de terribles guerras, y quando puede creerse con mucho fundamento que apenas supiese escribir su nombre? Pero no obstante, siendo estudioso, y estando dotado de buen juicio y agudo ingenio, aprovechandose de la enseñanza de los hombres doctos que tenia á su lado, y robando el tiempo á sus diversiones, llegó á hablar la lengua latina con la misma facilidad que la nativa, á entender perfectamente la griega, y á tener algun conocimiento de otras extrangeras; y generalmente adquirió tales noticias en las ciencias, que pocos literatos de aquellos tiempos podian gloriarse de otras semejantes. Ciertamente es digno de mucha alabanza en un Principe, sumergido en los gravisimos cuidados de la milicia y del gobierno, y cercado de las densas tinieblas, que cubrian toda la Europa, haber llegado con la penetracion de su ingenio y con su infatigable estudio á adelantar tanto en el

campo de las letras, que estaba cerrado para otros mas libres de ocupaciones.

Academia
de Carlo-
Magno.

Pero el mayor merito literario de Carlo-Magno no está en lo que hizo por sí mismo para honor de las letras, sino en lo que trabajó para promover su cultura en sus dominios. Porque comenzando por el propio palacio, erigió en él una Academia literaria, y juntando los mejores ingenios de su Imperio quiso tambien ser miembro de ella. El Padre Daniel en su *Historia de Francia* dice, que cada uno escogia y tomaba el nombre de aquel autor antiguo que era mas conforme á su genio, para que leyendo privadamente algun escrito suyo informáse de él á todo el congreso. Alcuino por la aficion que tenia á Horacio, tomó el nombre de Flaco; un caballero joven llamado Angilberto, quiso honrarse con el de Homero; Adalardo Obispo de Corbeya, se intituló Agustino; á Riculfo, Arzobispo de Maguncia, le ocurrió el pensamiento, no sé por qué, de llamarse Dameta; y el mismo Emperador por el respeto que tenia al Rey Da-

vid,

vid, tomó su nombre. Los escritores posteriores á Daniel comunmente han abrazado su relacion sin mas examen, y esta historia ha pasado en boca de todos, alabando la mayor parte aquel establecimiento, quando otros han encontrado mucho que notar. „ Formad una idea (dice Formey „ hablando de esta Academia (a)) de las „ conferencias académicas que podian tener juntos Homero y Horacio, San Agustin y David; porque respecto á Dameta „ (añade) yo no tengo la honra de conocerlo. Asi los siglos de hierro y de plomo „ sucedieron á estas falsas vislumbres de „ sabiduria.“ Pero permitame el Señor Formey que yo no juzgue estas conferencias tan dignas de burla y de desprecio como él pretende. Es cierto que la Academia de Carlo-Magno no estaba en estado de cotejarse con la de Berlin, de la que es Secretario Formey, ni de emprender aquellas doctas investigaciones, que con frecuencia se tratan por los Académicos de Berlin.

pe-

(a) Acad. Ber. tom. XXIII. Consid. sur ce qu'on peut &c.